

AÑO XXI.—NÚM. 5968

25 DE ABRIL DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 25 de Abril de 1881.

ENSAYAR TODO
Y GUARDAR LO MEJOR.

Hace algunos años que por motivos de salud me establecí en Schaffhouse [Suiza,] donde fundé la farmacia *Pilon de Oro*.

Entre los clientes que frecuentaban diariamente mi farmacia, me fijé particularmente en un anciano señor de maneras muy distinguidas, cuya fisonomía revelaba de una manera evidente su origen francés y que ganó enseguida mis simpatías. Poco á poco fuimos estrechando nuestra amistad y supe despues que era un médico francés llamado doctor Potrien y que vivía cerca de Schaffhouse. La amabilidad de este doctor Potrien, tenía algo de encanto, sobre todo para mí; que recién llegado á la villa me encontraba privado de la buena sociedad; yo tenía un verdadero placer en pasar algunas horas en compañía de ese hombre tan selecto. Supe que contaba 62 años de edad y que habitaba una deliciosa villa cerca de Schaffhouse con la familia de su única hija y con cuya hospitalidad me brindó varias veces.

No tardé mucho tiempo en responder á la amable invitación de mi nuevo amigo, y un magnífico día de verano me decidí á hacerle una visita con mi señora.

Despues de haber viajado algunos minutos en ferro-carril, descendimos en una pequeña estación y un cuarto de hora despues estábamos delante de la casa del doctor Potrien; una miniatura de casa de campo, adornada al estilo de los chalets suizos (casas donde se fabrica el queso) con todas las comodidades imaginables y provista de un gran jardín con una hermosa vegetación.

Nuestra llegada había sido avisada, porque el criado tenía abierta la reja antes de que nosotros llegásemos, y nos condujo hácia la baranda situada dentro de la casa. Allí estaba sentado el doctor, en medio de su familia, á sus costados sus nietos, un poco más allá su hija teniendo al más pequeño y al otro lado su yerno, una mesa de familia, llena de unión, de paz y de amor.

Mi anciano amigo parecía sorprendido de nuestra visita; celebró nuestra llegada con esa franqueza y cordialidad propia de los ancianos, que no cansa jamás. El se apresuro á ofrecernos refrescos y una opulenta comida; pero desgraciadamente, mi esposa no pudo probar ninguno de los esquisitos manjares que nos sirvieron, porque se encontraba cansada á causa del gran calor del día y del viaje á que no estaba acostumbrada; yo la dejé hacer los honores á la familia Potrien entretanto que yo por mi parte hacía los honores á la cocina de mi anfitrión.

El doctor Potrien se expresaba con mucha elegancia y yo le escuchaba con placer: nos dijo que él acababa precisamente de leer á sus nietecitos algunos pasajes de sus memorias, que contenían una hoja de aventuras tan alegres como graves. Por muy agradable é interesante que fuese la conversación del doctor Potrien, yo veía con disgusto que el estado de mi señora no se mejoraba en nada; y aunque con la mejor voluntad del mundo, ella no pudo probar ningún alimento; su estado acabó por in-

quietar al mismo doctor Potrien, que la examinó en seguida con más atención.

Es verdad que mi señora venía sufriendo desde hace algunos años una enfermedad que, sin ser muy grave, la había costado muchas lágrimas y la había impedido tomar parte importante en ninguna alegría. Los diferentes tratamientos ensayados hasta entonces, la habían aliviado algunas veces, pero no habían podido vencer completamente su enfermedad.

El doctor Potrien hizo que le contara toda la historia de su enfermedad, y por las preguntas que la hizo, comprendía que él quería estudiar á fondo la naturaleza de la enfermedad, su origen y las fases.

El doctor Potrien nos describió los síntomas de sus padecimientos; dolor de cabeza pertinaz, repitiéndose á menudo, localizándose de preferencia detrás de la cabeza ó sobre la frente, de frecuentes desvanecimientos; una gran pesadez, en todos los miembros, como si estuviesen manguados, la boca ordinariamente pastosa y con mal gusto, sobre todo por la mañana, la lengua cargada, frecuentes eructos ácidos, salivación abundante, ardores en el estómago, dolores y calambres en el estómago, acompañados de crisis agudas que son quitan toda voluntad y toda energía durante algunas horas; en fin, una constipación ó estreñimiento pertinaz, alternando con una diarrea periódica, un deseo muchas veces imperioso de obrar, sin poder obtener evacuaciones, y desórdenes generales en el bajo vientre; él nos hizo comprender cómo estas enfermedades turban la nutrición general, dificultan la circulación de la sangre, cambian su carácter habitual y muchas veces el que sufre se cansa de vivir. Estas enfermedades pueden también dar lugar á otras muchas; como por ejemplo: afecciones graves de la bilis, del hígado, de los riñones y de la vejiga, que exigen un tratamiento especial muy largo y costoso.

Nosotros escuchábamos con mucho interés las esplicaciones del doctor, tanto más cuanto la mayor parte de los síntomas que él acababa de mencionar, concordaban perfectamente con el estado de mi señora. El doctor prometió despues darle una receta que yo mismo debía preparar en mi farmacia; despues nos metimos en la casa.

Yo, como farmacéutico, desconfiaba del éxito de esta receta, porque había preparado muchas para mi señora, por espacio de muchos años y siempre sin resultado.

Durante este tiempo, la noche se echó encima y nosotros debíamos despedirnos de nuestros amigos; si queríamos aprovechar el último tren, que debía conducirnos á Schaffhouse.

El doctor Potrien abrió rápidamente su recetario, me dió una receta y varias botellas de extractos de plantas que yo debía emplear para la preparación de unas píldoras.

Confiado en la antigua experiencia el talento reconocido del doctor Potrien, y deseoso de ver á mi señora en buen estado de salud, mi primera ocupación, á la mañana siguiente, fué la preparación de las píldoras, conforme en un todo á la prescripción del doctor, tomándome el cuidado de hacérselas tomar á mi cara compañera. El efecto no se hizo esperar, pues al cabo de algunos días estaba la enferma con mejor apetito, las deposiciones eran regulares, se sentía mucho más fuerte, la presión que

sentía en el estómago desapareció, su cutis que había estado hasta entonces pálido y amarillento; se coloreó de frescos colores y en una palabra, todo su organismo se restableció, y despues de algunas semanas mi señora podía considerarse como enteramente curada. Nuestra alegría fué inmensa, mi estimación y reconocimiento por el talento y la amabilidad de mi paternal amigo no conocieron límites; pero el doctor Potrien, en su modestia, no quería aceptar ninguna palabra de agradecimiento; el sábio se consideraba feliz al hacer el bien en silencio y consideraba un deber el asistir á cada uno de sus semejantes.

Animado por su galantería le pedí la autorización para preparar con arreglo á su receta una cantidad de píldoras con los extractos que conservaba todavía; yo quería darlas á muchos médicos amigos míos para que ellos las experimentaran en sus prácticas particulares, creyendo no solo rendir un importante servicio á la Medicina sino á todos aquellos que sufren de estas enfermedades.

Con una actividad por encima de todo elogio, el doctor Potrien me dió su consentimiento, y yo estoy en el deber de afirmar que las píldoras del doctor Potrien han obtenido en todas partes donde los médicos las han prescrito, alabanzas merecidas por sus excelentes resultados.

Los ensayos continuos y las nuevas experiencias para perfeccionar y mejorar más y más estas píldoras, me obligaron á recoger algunos jugos de plantas que no crecen más que en las bellas montañas de Suiza, y que son reconocidas soberanas contra las enfermedades del estómago y de los órganos digestivos.

Teniendo que dar un nombre cualquiera á estas píldoras, para distinguirlas de otras tantas, yo las he dado el nombre de *píldoras Suizas*, para reconocimiento y para rendir homenaje al país donde conocí al doctor Potrien que dicho sea de paso, descansa en la tumba. Este es de todos un acto de veneración y de recuerdo para el inventor de estas píldoras que considero y amo la Suiza como su segunda patria; á ella estaba unido con todo el amor de que era capaz su grande alma; él ha encontrado la tranquilidad, la paz la felicidad, y por fin, el descanso eterno.

Se continuará.

Sr. Director del ECO DE CARTAGENA.

Sevilla 23 de Abril.

Mi querido amigo: Desde la noche del 20, la veleta comenzó á señalar al viento N. O., despejándose á su impulso el horizonte. La columna barométrica se alzó y el Guadalquivir principió á decrecer permitiendo el desagüe de los sitios de la ciudad, inundados ya por tercera vez, por la abertura de los husillos que comunican con el río.

El 21 amaneció despejado, este hermoso cielo, bañando el horizonte su deslumbrante sol, y en su consecuencia la alcaldía accediendo á lo solicitado por muchas personas, y para que los feriantes pudieran resarcirse en parte de las pérdidas experimentadas por causa del temporal, acordó prorogar la feria por

los días 21 y 22. Tan grata noticia, es acogida con gran júbilo, renace la calma y tranquilidad, en los ánimos de los que presentían con fundamento, la tercera inundación, y los sevillanos ávidos de aire seco y sol, se lanzan á la feria con la animación y alegría de sus caracteres expansivos y en algunas casetas, se bailó hasta las altas horas de la noche; estando por las tardes animadísimo, el paseo de carruajes. Con este motivo he aplazado mi regreso por dos días, y le dedico un pequeño rato quitado al sueño para terminar con este, mi serie de desaliñados escritos, que apesar de estar trazados á vuela pluma, y sin ninguna meditación V. les dá cabida en su periódico, abusando de la indulgencia de sus lectores.

Anoche terminó la feria quemándose en el Real de la misma, una bonita exposición de fuegos artificiales, anunciados para la noche del 20 y suspendidos por lluvias, siendo inmenso el gentío que presenció el espectáculo, cuyo número no me atrevo á calcular por temor de que el gacetero del «Despertador» no se asuste y lo crea andaluzada.

Y á propósito de este, desearia yo saber porqué se extraña el apreciable colega del cálculo de las 11.000 personas que segun mi juicio acudieron á oír el solemne miserere en la Catedral la noche del jueves Santo, pues porque no pudieran concurrir por falta de número no sería, por que si no 30.000 forasteros como dice *La correspondencia*, por lo menos con 16.000 se ha aumentado en estos días la población de Sevilla y esta cifra unida á la de las almas que en ella existen creo es posible pudiesen concurrir mi indicado número.

Si la extrañeza es por que cree que en la catedral no cabe tanta gente, debía saber, puesto que en muchos libros se encuentra, que la catedral mide de longitud de E. á O., 115'50 metros; de latitud de N. S. 75'60 metros y que tiene treinta y siete capillas de los cuales la capilla realmente tiene 23 metros de largo por 16 de ancho, cuyo espacio no está comprendido en el cuadrilongo de la planta del edificio antes indicada, por lo que la catedral de Sevilla, es capaz de contener dentro de sus sesenta y ocho bóvedas trece mil almas. Calculé once mil, por que algunas capillas estaban cerradas, luego el cálculo por su capacidad, no es tan erróneo. La frasecilla, pues, de los *jigos*, no acierte á comprender la oportunidad con que su autoría ha aplicado en el caso presente.

A pesar de la prórroga de la feria, la tercera corrida de toros anunciada y suspendida no ha podido tener lugar en ninguno de estos dos días,